

El Quijote navarro

VIDA Y AVENTURAS DEL BRIGADIER DE LOS EJERCITOS
CARLISTAS, DON MARIANO LARUMBE

AL LECTOR

Tema inédito hasta la fecha el que ocupa ahora tu atención. Todo lo que se había escrito sobre el general Larumbe se reduce a las escasas referencias citadas en la bibliografía. Pero, ¿podrá causar esto extrañeza a quien conozca la manera de ser de nuestras gentes?

Navarra, pródiga en heroísmos, ubérrima en lealtades, no acostumbra a dar gran importancia a las eximias figuras que nacieron en su suelo. Le parece cosa tan natural... ¡Que algunos de sus hijos realizan gestas heroicas! ¡Para qué preocuparse, relatándolas! Siempre ha sido así. «Largos en facellas y cortos en narrallas».

De haber nacido en otra región es muy posible que la vida y hazañas de don Mariano Larumbe y Arrarás fueran pregonadas a los cuatro vientos y se coreasen con el acento de estrofas épicas.

Este es el móvil que nos llevó hace ya treinta años largos a escribir estas páginas; dar a conocer a sus paisanos la figura de aquel hombre recto, abnegado, inflexible ante el error, relicario de hidalguía y trasunto de lealtad.

Entre azares continuos fue tejiendo su existencia; tomó parte en cuatro guerras en las que otras tantas heridas rubricaron su denuedo; supo de condenas a muerte y deportación, y más tarde, cual extranjero en su propio suelo, supo enfrentarse con ánimo sereno, con las circunstancias adversas.

En suma; un auténtico Quijote, digno modelo para la sociedad actual tan falta de idealismo.

SINTESIS BIOGRAFICA

1815 (25 de marzo) Nace en Lecumberri.

1833 a 1839 Toma parte en la guerra de los Siete Años.

- 1848 y 1849 En la campaña montemolinista.
- 1853 Contrae matrimonio.
- 1855 Sublévase con unos mineros y es puesta a precio su cabeza.
- 1857 Carlos VI le nombra jefe superior de la provincia de Avila.
- 1862 Ingresa como administrador en el Castillo de Javier.
- 1869 Intenta un alzamiento carlista en Pamplona, que fracasa.
- 1870 Es condenado a muerte.
- 1870 Se le conmuta esta pena por la de destierro a las islas Marianas.
- 1871 Amnistiado, regresa a España en septiembre.
- 1875 Triunfa en las batallas de Lumbier y sierra de Leyre.
- 1876 Cae herido gravemente en Peñaplata y es evacuado a Francia.
- 1876 (verano) Vuelve a su patria.
- 1882 (6 de noviembre) Fallece en Javier.

CAPITULO I

I. BAJO EL SIGNO DE LA LEALTAD

Lecumberri.—Partida de bautismo.—De clásica estirpe navarra.—Los consejos de un buen padre.—Primeros estudios.—Con los «facciosos».—A las órdenes de Zumalacárregui.—El batallón de Guías.

Siguiendo la carretera de Pamplona a San Sebastián, a 33 kilómetros de la capital navarra, se encuentra el lugar de Lecumberri, bella localidad situada en una llanura siempre verde y risueña que ocupa el centro del valle de Larráun. Allí vio la luz primera don Mariano Larumbe, el 25 de marzo de 1815.

Su partida de bautismo nos atestigua de que al siguiente día fue regenerada su alma en aquella iglesia parroquial.

«Juán Pasqual Mariano de Larumbe.

En esta Parroquial de Sn. Juan Bautista del Lugar de Lecumberri bauticé el infrascrito Abad interino de el en veinte y seis de Marzo de mil ochocientos y quince a Juan Pascual Mariano de Larumbe, nacido ayer a las cinco de la tarde, hijo legítimo de Antonio ntral. de Ichaso y Josefa Antonia de Arrarás, ntral. de Goizueta: Abuelos paternos Juan José ntral. de Echalecu y María Josefa de Udabe, ntral. de Ichaso; maternos Miguel Antonio, ntral. de Yaben y Agustina de Erviti, ntral.

de Goizueta; Fueron Padrinos Joaquín de Arrarás, ntral. de Yaben, y María de Beruete, ntral. de Alcoz, y vecina de dicho Lecumberri, á quienes advertí el parentesco espiritual, y demás dispuesto por el Ritual Romano, y por la verdad firme = Dn. Juan Bautista de Muguero, Abad intno.» (Rubricado)¹.

Fuéle impuesto el primer nombre de Juan en honor del Bautista, patrono del lugar, se ignora por qué motivo se le nombró también Pascual; y el tercero, Mariano, como recuerdo de la festividad de María Santísima, en cuyo día había nacido. Lo cierto es que durante toda su existencia fue conocido exclusivamente con este último nombre y así también él había de firmar todos sus escritos.

Sus padres, católicos a macha-martillo, formaron al niño sólidamente en los principios de la religión. Ellos mismos eran los que le enseñaban el «Kristau-ikasbidea», o catecismo de doctrina cristiana en la lengua euskérica, único idioma entonces en uso en el valle de Larráun. Al mismo tiempo tenían buen cuidado de que asistiese con asiduidad a la escuela y sobre todo a las clases de catequesis que dentro de la iglesia durante el invierno y en el atrio en los días buenos, daba a los niños del lugar el bueno de don Juan Bautista, párroco de Lecumberri. En los días de asueto premiaban su aplicación, llevándolo de viaje a visitar a los parientes de Ichaso, Goizueta y Arrarás y de vez en cuando a la aldea de Aldaz, residencia de los Juanmartiñenas, familia de distinguido linaje y muy relacionada con la de Larumbe.

Por lo demás, su vida transcurre como la de la generalidad de los niños aldeanos, tranquila y monótona; los sentidos apenas reciben impresiones nuevas; a su vista tropieza con las caras conocidas de siempre, y se limita en el horizonte perfilado por los montes que circundan el valle. A sus oídos, fuera de las voces de vecinos y familiares, apenas llegan otros sonidos que los de las campanas, bulliciosas y alegres en los días de fiesta, tristes y pausados en los de funeral, el mugido de las vacas y el cacareo de las gallinas o las interjecciones de los gañanes que laborean en los campos.

Pero hubo algo que interrumpió de súbito aquel ambiente de égloga hiriendo la imaginación del niño Mariano con el vistoso uniforme de los militares y el toque marcial de las trompetas. Fue en 1822. Hacía dos años que había triunfado la sublevación de Riego, y el malestar que venía produciéndose por el desgobierno de masones y comuneros había plasmado en una protesta armada de los defensores del Altar y del Trono. En este aspecto, como siempre que se ha tratado de la defensa de los más elevados ideales

1 Libro 2.º de Bautizados, fol 18v.

era Navarra la que daba la pauta; los navarros, como un solo hombre, acudieron a las armas y a su frente se constituyó la Junta Gubernativa compuesta por las personas de más relieve del antiguo Reino: Instalada en Lecumberri —junio de 1822— allí acudió el Marqués del Moncayo² recién nombrado Comandante General del Ejército Real de Navarra, conferenciando sobre los medios para el incremento de la insurrección.

Nuestro biografiado —de siete años de edad a la sazón— tuvo ocasión de contemplar, curioso y atónito, el cordial recibimiento que la población tributó a Quesada y de deletrear los pasquines que tres meses más tarde fueron fijados con profusión por las esquinas. Era la alocución que con fecha de 8 de septiembre del mismo año dirigía la Junta Gubernativa a los navarros contra la Diputación constitucionalista: «Sabed —decía— que unos pocos individuos de la llamada Diputación de esta provincia, que jamás fueron el eco verdadero de vuestra voz, fingiendo vuestro nombre contra nuestra voluntad legítima quieren negociar su fortuna a costa de vuestros últimos sacrificios».

«Unidos todos a nuestros designios, con una heroicidad capaz de confundir a los perversos, habéis manifestado a la faz de la Nación que los navarros jamás consintieron libremente el fatal trastorno de gobierno tan contrario a la pureza de su religión y lealtad, como opuesto a la sabiduría de sus fueros, leyes y costumbres.»

«Estos hombres despreciables (los de la Diputación liberal) sólo aspiran a haceros partidarios contra el Altar y el Trono, a privaros aun del nombre de navarros, cambiando el antiguo reino de Navarra por una mera provincia de Pamplona. ¿Dónde está aquella sabia legislación de vuestros padres? ¿Dónde aquellos supremos tribunales de justicia, regalías, exenciones de todo tributo que gozabais en premio de vuestras virtudes? Todo lo habéis perdido, y no obstante se empeñan en persuadiros que habéis ganado con la mudanza del Gobierno.»

Todo esto lo leyó Marianico —como familiarmente le llamaban— sin que acertara, naturalmente, a desentrañar el sentido de aquellas frases, pero como aquella inteligencia aún en capullo no se resignaba a permanecer en la ignorancia, determinó inquirir a su padre. Y así por la noche, no bien se hubo sentado don Antonio, como tenía por costumbre, bajo la inmensa campana de la chimenea de la cocina —clásica cocina de los casones antiguos

2 Vicente Genero de Quesada. Nació en La Habana en 1782 y fue persona nada consecuente en sus ideas. A pesar de haber militado en esta campaña contra el régimen liberal, reconoció más tarde a D.^a Isabel, persiguiendo con saña a sus antiguos compañeros, pero derrotado estrepitosamente por Zumalacárregui, fue relevado del mando y asesinado por las turbas en Hortaleza en 1836.

de Navarra— aunque su cansancio era grande por las faenas de la jornada, no tuvo más remedio que satisfacer la curiosidad del rapazuelo. Además la pregunta había tenido la oportunidad de tocar el tema que más hacía vibrar su fibra de católico y de patriota:

«Mira, hijo mío; el gobierno constitucional, lo que pretende es destruir nuestra santa Religión e igualarnos a las demás provincias de España, aboliendo nuestros fueros, estableciendo las quintas y en el comercio la contribución territorial, el papel timbrado y las aduanas, todo en beneficio de Madrid y en perjuicio nuestro. ¿Puede haber un navarro digno de tal nombre que sea partidario de esa calamidad? Pues bien, si ellos se empeñan, nosotros los navarros estaremos como ahora, dispuestos siempre a luchar y si es necesario a morir por nuestros fueros y sobre todo por la Religión.»

Hablaba con un calor y vehemencia extraños en su carácter apacible como de buen montañés. Absortos le escuchaban todos, pero fue en especial la última frase la que se quedó grabada en el alma del pequeño interlocutor... «dispuestos siempre a luchar y si es necesario a morir por nuestros fueros, y sobre todo por la Religión». Aquella afirmación iba a ser para Mariano el legado espiritual que su padre le entregaba y que a través de toda su existencia le sostendría bajo el signo de la lealtad.

Con el final victorioso de la campaña realista retornó la vida en Leizor y su habitual sosiego solamente interrumpido por el anual jolgorio de las fiestas patronales. Transcurrieron unos años en los que la formación religiosa e intelectual del muchacho fueron desarrollándose gradualmente.

Habíale llegado el tiempo de abandonar la escuela por haber cumplido la edad reglamentaria. Mas don Antonio, juzgando que, dadas las dotes intelectuales de su hijo, podía hacer de él algo más que un simple labrador, determinó que ampliase sus estudios, y a tal efecto, en horas extraordinarias, el maestro del lugar le daba lecciones que fueron ampliando sus conocimientos. Y el muchacho seguía con ilusión sus estudios que era de suponer le habían de abrir las puertas de cualquier carrera. Pero en esto...

¡Veintinueve de septiembre de 1833!

Como reguero de pólvora se extiende la noticia del fallecimiento de Fernando VII, aquel rey veleidoso que no supo o no quiso agradecer los sacrificios que por él sus subditos hicieron.

A su muerte se plantea un dilema; o Isabel II, es decir, la minoridad sentada en el trono, la persecución al clero y el culto de Jesucristo, la extinción de las Ordenes religiosas, la abolición de los fueros y el imperio de la demagogia, o Carlos V, que enarbola la bandera de la Religión, de amor al orden y a las libertades regionales.

En el país navarro la reacción es unánime. Bien lo dijo el poeta:

«Navarra, Navarra entera
vibra en himnos y en cantares!
¡Adiós el trigo en la era
y el vinillo en los lagares!
¡Navarra, Navarra entera
marche por la carretera
con arreos militares!»³.

Va a comenzar la epopeya de los Siete Años que daría ya nombre gráfico y definitivo a los defensores de la bandera de la antigua España, ¡los carlistas!

Mariano Larumbe, a la sazón mozo de 18 años, recuerda que ese es cabalmente el programa que su padre le inculcara al despuntar su razón. Y con la misma generosidad que otros abandonan el trigo en la era y el vino en los lagares, deja él su familia y sus estudios para enrolarse en los cuadros de batallones de voluntarios entonces en formación.

Declina el año 1833. Mientras Santos Ladrón en Navarra, el Barón de Hervés en Levante, González en Castilla y cien más en otros lugares de la Península sellan con su sangre la causa de la Legitimidad, los voluntarios afluyen en número considerable. Tan considerable es organizar a aquella pléyade de voluntarios tan llenos de valor y entusiasmo como faltos de ropa y armamento. Y es entonces cuando surge el hombre providencial que aunque guipuzcoano de nacimiento es navarro de corazón, con los navarros convive y con ellos marcha a la batalla y al triunfo; don Tomás de Zumalacárregui. Al despuntar el día 29 de diciembre en su cuartel general de Nazar, prepara a los suyos para recibir a pie firme a las columnas Cristinas que se acercan. Larumbe y sus compañeros responden con gritos de entusiasmo a esta proclama de su jefe: «Navarros, ved ahí la horda revolucionaria... Navarros, hoy es preciso que reverdezcan los laureles que en tantas victorias habéis recogido. Sea el sepulcro de los impíos este suelo ya regado con su sangre. Vale más no existir, que existir llevando escrito en la frente el baldón de cobardía. Todos los navarros han preferido la muerte a la ignominia. ¿Seremos nosotros menos? Nuestra patria, madre de tantos valientes, espera la libertad de vuestras bayonetas. No merecéis ser navarros si hoy no se la dáis. ¡Viva Carlos V!».

Un clamor unánime que semeja un rugido, refrenda las palabras del caudillo. De ese modo expresan su convicción de seguirle a donde les lleve.

3 José DEL RÍO SAINZ, en *Canto de guerra de Navarra*

Acometidas las posiciones de los carlistas por los batallones de Lorenzo y Oraá y agotadas las municiones, los navarros cargaron a la bayoneta repetidas veces, ocasionando grandes pérdidas a las tropas Cristinas. Aquel día recibió Larumbe su bautismo de fuego y de sangre, pudiendo Zumalacárregui lisonjarse con razón de contar con huestes tan disciplinadas y combativas.

Tras una serie de campañas triunfales en 1834, formó Zumalacárregui un batallón de Guías compuesto por los individuos más aventajados de cada compañía y observando los jefes que nuestro biografiado no era un soldado vulgar, lo destinan a aquellas fuerzas, flor y nata de los voluntarios del Rey.

No defraudó Larumbe a las esperanzas que en él se habían puesto; en 4 de septiembre toma parte en la derrota que Zumalacárregui con los batallones de Guías y 1.º, 3.º y 4.º de Navarra inflige al barón de Carandolet en los campos de Viana, el 27 de octubre en la batalla de Alegría (Alava) donde el mismo jefe de la columna Cristina, brigadier O'Doyle y cientos de los suyos caen prisioneros, quedando aniquilada la división liberal y ya en las postrimerías del año en Mendaza y Arquijas, todas ellas de signo plenamente favorable a los defensores de la legitimidad.

Inaugura el año 1835 también a las órdenes de Zumalacárregui, quien con el batallón de Guías y los 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 10.º de Navarra, el 1.º de Guipúzcoa y el 1.º de Alava, pasa de Navarra a Guipúzcoa buscando el encuentro con sus enemigos. Estos, que son nada menos que Espartero, Carratalá, Jáuregui y Lorenzo le acometen el 2 de enero en Ormaiztegui.

Cargan sobre el flanco derecho de los carlistas, precisamente donde se encuentra Larumbe en su batallón de Guías. Son numerosas las fuerzas atacantes y el choque es tremendo pero refuerza Zumalacárregui a los Guías con dos compañías y todo el esfuerzo de los cristinos se estrella contra el tesón de los carlistas. Avergonzado Carratalá de que 12.000 hombres no puedan quebrantar a un enemigo cuyo número no llega ni a la mitad del suyo, manda a Jáuregui al oscurecer que cargue a la bayoneta con sus tropas, pero de nuevo se ven precisados a batirse en retirada; lo observa Zumalacárregui y manda en su persecución al primer batallón de Navarra y al de Guías que pican con brío su retaguardia. Aquel soldado bisoño que era Larumbe hace todavía un año, se ha trocado por sus propios méritos en el joven oficial que forma parte del batallón tenido como predilecto por el caudillo de Ormaiztegui: No cabe hacer mejor elogio.

En abril toma parte en la batalla de las Amézcoas, donde diez batallones carlistas humillan el orgullo de treinta y dos liberales. El equipaje de Valdés, el general en jefe y ministro de la guerra del gobierno de Madrid, todo el bagaje y 3.500 fusiles, todo es capturado, mientras 1.700 bajas de

los suyos hacen comprender a Valdés que las tropas de carlistas aunque carentes de municiones son algo más que «unas bandas de fanáticos aldeanos sin organización y sin orden».

Comienza el primer sitio de Bilbao en junio de 1835 y allí tenemos de nuevo a nuestro biografiado. Es el día 14, a las 8 en punto de la mañana las baterías carlistas situadas en Begoña rompen el fuego contra el fuerte del Circo, con tal precisión que para las 12 del mediodía los cañones cristinos tuvieron que suspender sus fuegos, por hallarse completamente destruida la batería, quedando tres brechas practicables en el fuerte. Zumalacárregui, viendo entonces el momento oportuno para iniciar el asalto, arengó a los suyos, indicándoles que los cien primeros que entrasen recibirían una onza de oro cada uno, y, si caían, sus familias serían atendidas. Larumbe, sintióse contento al oír que el sorteo de tomar Bilbao por asalto había correspondido a la 1.^a y 2.^a compañías de su batallón de Guías de Navarra, a quienes seguiría el resto de las fuerzas. Pero cuando se realizaban los últimos aprestos en la tarde de aquel día 14, una comunicación de que había escasez de municiones vino a dejar sin efecto los preparativos del asalto, paralizándolo todo. Con razón ha dicho un moderno escritor comentando este suceso que «la historia del carlismo es la historia de las ocasiones perdidas»⁴.

Pero hubo algo que vino a colmar de amargura el alma de Larumbe y de los voluntarios carlistas; al día siguiente caía herido Zumalacárregui y a consecuencia de aquel balazo que nadie conceptuaba de gravedad, fallecía diez días más tarde el excepcional caudillo de Ormaiztegui. Cuando comenzó a circular el rumor de que había fallecido, cuenta Hennigsen, que muchos de los oficiales y clases del batallón de Guías alojados en Begoña —allí estaba Larumbe— no podían contener las lágrimas, y cuando se confirmó la noticia del desenlace, los batallones navarros, y en especial los Guías, pedían con voces que semejaban rugidos, que se les diese licencia para asaltar a Bilbao. «Iremos sin las cien onzas». «Iremos aunque el infierno esté delante de nosotros», clamaban.

Indudablemente que si se hubiese querido aprovechar la indignación de que estaban poseídos aquellos navarros, Bilbao hubiera sido tomada, pero la matanza resultaría de espanto, por lo que don Carlos juzgó prudente librar a la villa del Nervión de un día de luto, denegando la autorización que pedían los que querían vengar la muerte de su jefe.

Siguió nuestro joven oficial todos los lances de la guerra con aquellas tropas que, aunque huérfanos de un caudillo insustituible, continuaban sien-

⁴ Melchor FERRER, *Historia del Tradicionalismo Español*, T. VII p. 97. (Editorial Católica Española). Sevilla, 1945.

do el terror del adversario y de las que el coronel isabelino Ferrari⁵ decía: «Los navarros son soldados indomables y dudo se encuentren en Europa tropas ligeras que puedan comparárseles. Cuando nuestra legión (la extranjera) apareció por primera vez en Navarra, incorporaron a sus batallones tiradores únicamente encargados de apuntar a nuestros oficiales, y en un encuentro podíamos oír a sus jefes que gritaban sin cesar por entre las filas: «¡Muchachos!, a las charreteras de la legión».

No por muerto Zumalacárregui fue preterido el batallón de Larumbe, los Guías de Navarra. Aquel batallón era la obra más acabada del gran capitán carlista, sus tropas favoritas, las de los movimientos arriesgados y acciones transcendentales. Por eso cuando se planeó en agosto de 1835 la empresa atrevida de lanzarse por una región hostil como era el Alto Aragón en la expedición de Guergué, allá fue Larumbe con los Guías, cubriéndose de gloria en Orgañá y dejando constancia en Aragón y Cataluña del arrojo y decisión de los navarros.

Luego vinieron los días adversos. El fusilamiento de los generales leales en Estella, la traición de Maroto en Vergara, y por fin la emigración. ¡La emigración!, que para quien sentía arder en su seno el fuego del patriotismo como lo sentía Larumbe era un suplicio cruel e incesante.

¡La emigración a Francia! Allá marchaba el joven Mariano, ascendido ya a capitán a sus 24 años de edad, por sus actuaciones en el campo del honor. La perfidia de Maroto, ya que no las victorias del enemigo habían hecho plegar las banderas de la Tradición; pero él, en la emigración y en todas partes, permanecería fiel a los ideales que le cobijaron desde la cuna, bajo el signo de la lealtad. Y en su interior, seguía resonando la arenga:

«Aurrera mutilak;
txapela gorriak!»

5 Andrés Camilo Ferrari. Nació en Parma en 1791. Hizo la campaña del Imperio con los ejércitos de Napoleón y tenía el grado de teniente cuando Waterloo. Vino con la legión extranjera a España con el empleo de capitán. Habiendo llegado a coronel en 1838, regresó definitivamente a Italia.

CAPITULO II

II. LA CAMPAÑA MONTEMOLINISTA

Retorno.—Breve paréntesis de paz.—Esfuerzos por la reconciliación dinástica.—Su esterilidad.—Se perfila la contienda.—El príncipe Carlos Luis levanta bandera.—Las partidas se reúnen.—Desenlace.

Tras unos años de voluntaria expatriación, regresó Larumbe a la casa paterna. Por la renuncia de Carlos V en mayo de 1845 la bandera de la Tradición había pasado a las manos de su primogénito don Carlos Luis. Dio éste desde Bourges, el 23 del mismo mes y año, un manifiesto conciliador en el que entre otras cosas decía: «Hay en la familia Real una cuestión que nacida a fines del reinado de mi augusto tío, el Sr. D. Fernando VII, provocó la guerra civil. Yo no puedo olvidarme de la dignidad de mi persona y de los intereses de mi augusta familia; pero desde luego os aseguro, españoles, que no dependerá de mí, si esta división que lamento no se termina para siempre. No hay sacrificio compatible con mi decoro y mi decencia a que no me halle dispuesto para dar fin a las discordias civiles y acelerar la reconciliación de la Real familia.

Os hablo, españoles, con todas las veras de mi corazón; no deseo presentarme entre vosotros apellidando guerra sino paz. Sería para mí altamente doloroso el verme precisado a desviarme de esta línea de conducta. En todo caso, cuento con vuestra cordura, con vuestro amor a la Real familia y con el auxilio de la Providencia.»

No fueron pocos los españoles de buena voluntad que recogiendo con agrado aquellas regias palabras intentaron zanjar de una vez la cuestión dinástica, mediante el casamiento de D. Carlos Luis con su prima Isabel. Uno de ellos fue el escritor y publicista catalán, don Jaime Balmés quien en ese sentido inició una campaña en la prensa desde principio de 1845.

Exponía que para la persona de la reina no debía buscarse un simple marido; sino una persona que tuviera importancia política, con valor para empuñar la espada para defender al trono contra sus enemigos y con fuerza suficiente para sustraerlo de nefastas influencias. Probaba con su lógica y talento irrefragables las dificultades que presentaría cualquier otra combinación matrimonial, tanto con las casas reinantes en Portugal y Alemania como principalmente por la de Francia y declaraba francamente que a su juicio el matrimonio de la reina con el hijo de D. Carlos, al terminar con el pleito dinástico, haría a España más fuerte, más unida, aseguraría su independencia e imposibilitaría el triunfo de la revolución.

Por otro lado veía al partido carlista como una reserva espiritual, alejado de las intrigas políticas y mirando las disensiones entre moderados y progresistas con la misma indiferencia con que vio en 1840 a Espartero derribar la regencia de María Cristina y dirigiendo en cambio toda su adhesión al monarca desterrado que con actos enteramente contrarios a los de aquellos gobernantes devolvería a la Nación la felicidad y la ventura. Por todo esto suscribía plenamente el pensamiento de Balmes.

Pero las fuerzas del mal hicieron imposible el logro de la reconciliación, rechazando la candidatura de D. Carlos y haciendo que D.^a Isabel se casara con su primo Francisco de Asís Borbón. Este sería únicamente «Rey consorte», como si dijéramos un simple maniquí.

Y es que a conservadores y progresistas, les interesaba grandemente un simple «rey consorte» para seguir así esquilmando a la Nación en provecho de sus ambiciones personales.

Perdida pues toda posibilidad de avenencia, no quedaba a los defensores de la Tradición otro camino que el de las armas. Por eso no bien se hubo evadido en septiembre de 1846 el Conde de Montemolín⁶ de la prisión de Bourges en que el gobierno francés le tenía confinado llamó a la lucha a sus partidarios.

En Cataluña fue secundado en breve el regio llamamiento, de ahí que a los sublevados se les denominase «matiners» (madrugadores) pero en el Norte la falta casi absoluta de dinero y armamento —el eterno problema del carlismo— imposibilitaban todo movimiento, no obstante el ambiente tan propicio que existía entre las gentes de aquel país.

Fue cerca de dos años más tarde —en junio de 1848— cuando el general Elío, a quien Carlos VI había conferido el mando militar de Navarra y Vascongadas expidió desde Francia una proclama en la que llamaba a la lid con frases que por lo conciliadoras, veíase que estaban inspiradas en el real manifiesto de Bourges.

«... Quince años de experiencia durante los cuales hemos visto en el poder a todos los hombres del partido que había tomado por divisa "orden y libertad", han probado de una manera irrecusable que es preciso seguir otra marcha para establecer y consolidar el orden, la justicia y la libertad bien entendida. El medio de lograrlo todos lo saben. El nombre del Rey ha sido pronunciado como el único que puede salvarnos. Oponerse a la voluntad general del país sería un crimen imperdonable.

Seamos los primeros en ofrecer nuestros corazones y nuestros brazos a una causa tan sagrada. Recordad que en todas las épocas habéis dado este

6 Este título comenzó a usar Carlos VI a raíz de la abdicación de su padre.

noble ejemplo, y no os engaño al deciros que todos los hombres de bien cuentan con él.

Conservar en toda su pureza y esplendor la santa Religión de nuestros padres, respetar y proteger a sus ministros; rodear el trono de toda la fuerza y prestigios necesarios a su conservación; restablecer en el soberano que la justicia y la felicidad de la Nación reclaman asegurar los fueros y privilegios que han hecho por tantos siglos la prosperidad de nuestro país, tal es nuestra misión, misión santa, que llevaremos a cabo con la ayuda del cielo, que no puede faltarnos si seguimos por el camino de la verdad.

¡A las armas! pues, vascongados y navarros. Agrupémonos alrededor del estandarte enarbolado por nuestro rey. Sea nuestra divisa "Carlos VI y olvido de lo pasado".»

¿Cabía mejor acicate hacia la lucha para un joven como Larumbe que aquella proclama en pro de la religión, los fueros, la patria y los derechos del legítimo soberano?

Por eso, abandonando de nuevo la paz de su hogar de Lecumberri, corrió a ocupar el puesto que se le asignase. Pero también por esta vez se frustró el intento. Gran parte de la culpa corresponde a Elío, quien al no decidirse a salir de Francia para ponerse al frente de la insurrección, desconectó la unidad de mando en los sublevados, y pese a los esfuerzos titánicos, pero aislados de Zabaleta⁷, Monreal y otros jefes, el movimiento terminó en tan breves días que para fines de julio había cesado el estrépito de las armas.

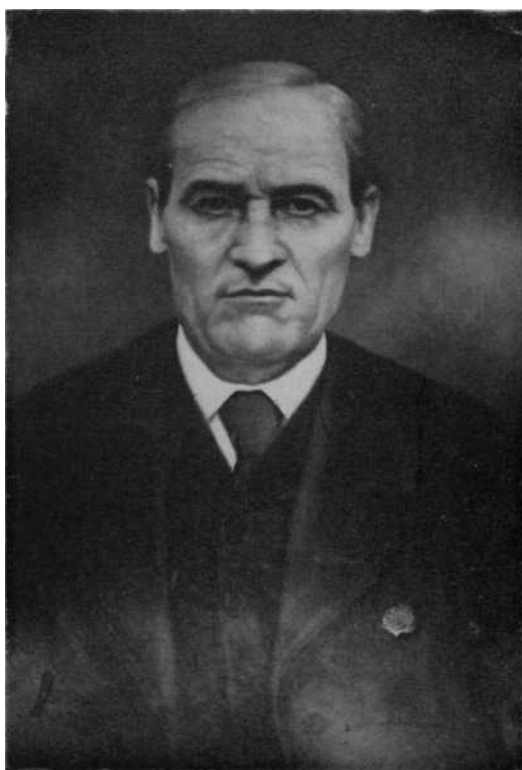
Al fracaso del levantamiento del mes de junio, siguió un paréntesis de medio año de paz, pero tal tregua no era más que un alto en el camino; aquellos hombres forjados en el yunque de pruebas y reveses eran inasequibles al desaliento y por ende tenaces en la realización de sus aspiraciones. Hasta el mismo Pirala confiesa que «ni el fusilamiento de Alzáa ni el desengaño que acababan de sufrir los que en armas se levantaron el año anterior en Guipúzcoa y Navarra doblegaron la indómita constancia y acrisolada fe de los partidarios del carlismo⁸. Así era en efecto; en los primeros días del año 1849, mientras una partida de ciento cincuenta hombres a las órdenes de Egaña se internaba en Guipúzcoa por Irún, la fuerza principal de los insurrectos —cerca de medio millar— aparecía en Navarra por la parte de Irurzun y Lecumberri, al mando de Iturmendi y Soto, no faltando tampoco el capitán Larumbe. Conocedores sus jefes de la experiencia que poseía

7 Lucas Zabaleta. Natural de Eslava (Navarra), fue uno de los más señalados promotores del levantamiento del año 1848.

8 Historia contemporánea. Segunda parte de la guerra civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de Alfonso XII, última edición. Madrid, 1886.



D. Tomás Zumalacárregui.



ü. Mariano Larumbe y Arrarás.

en aquel terreno, de donde era natural, se le destinó para que al mando de unos pocos soldados sirviese de protección a la Junta de Intendencia que presidida por un tal Mongelos se había constituido en Lecumberri y al mismo tiempo recogieron a los dispersos y fugitivos que vagaban por aquellos parajes.

Alarmado ante la efervescencia que se extendía el Capitán General de Navarra y Vascongadas, don Antonio Urbiztondo⁹, el 16 de enero dictó un bando en el que declaraba en estado excepcional a las provincias vascas y navarras y estableciendo un Consejo de Guerra permanente para juzgar a los reos de sedición y a todos aquellos que de cualquier modo les prestasen auxilio.

Entre tanto los carlistas, aunque aún sin organizarse debido a la actividad de la persecución de que eran objeto, ejecutaron algunos actos de audacia, tales como el asalto, por ocho de ellos, del correo-diligencia, Pamplona - San Sebastián, sin que pudiera impedirlo el piquete de carabineros que marchaba como escolta. Soto interceptó también el correo de Salazar y Roncal, apoderándose de este mando los montemolinistas de algunas caballerías, de las que, así como de armas, tan necesitados se hallaban.

Tras varias escaramuzas sin resultado decisivo, Iturmendi que era el único que había de dar organización a sus fuerzas con las que formó el «primer batallón del Ejército Real de Navarra» se dirigió hacia Estella a fin de establecer contacto con los grupos que por aquella zona se habían sublevado, pero enterado de su marcha el general isabelino Serrano, se aprestó a cortar su desplazamiento. En el valle de la Solana se avistaron los contendientes sin que ante la superioridad numérica de los liberales se desalentaran los carlistas que se batían con bravura. Indeciso parecía el resultado, pero habiendo sido hecho prisionero al caer herido el capitán de la primera compañía, don Marcelino Sáenz, se originó entre los suyos un momentáneo desconcierto, que fue aprovechado por Serrano para cargar contra ellos, y arrollándolos, hacerles 19 prisioneros, que a tenor de las órdenes de Urbiztondo dictara de ahogar en sangre la intentona, fueron fusilados en Estella y Cirauqui.

También fue pasado por las armas el jefe de partida Gabriel Recalde, de Monreal, que, capturado el 27 de enero por Salcedo, Comandante del Batallón de Sevilla y sentenciado el 1 de febrero por el Consejo de Guerra, sufrió la última pena a las cinco y media de la tarde del mismo día en los glacis de la ciudadela de Pamplona.

⁹ Era guipuzcoano; aunque se distinguió en las filas carlistas al principio de la guerra de los Siete Años, más tarde desempeñó un triste papel, facilitando a Maroto la traición de Vergara. Pasado a los liberales, aventajó en saña persecutoria contra sus antiguos correligionarios, a los más crueles generales isabelinos.

El fracaso de la Solana, acabó por quebrantar la moral de los voluntarios navarros, gran parte de los cuales llevaban por todo armamento palos y cuchillos. Fueron bastantes los que decidieron deponer las armas, aunque otros, entre ellos Larumbe, optaban por continuar la lucha. Para obtener su rendición, determinó Urbiztondo brindarles con el indulto de la pena capital, de lo que envió propuesta al Ministerio de la Guerra, quien aprobó con algunas salvedades la iniciativa del Capitán General.

La situación de los carlistas, tan apurada desde los últimos contratiempos, vino a complicarse al ocupar los liberales los puntos fronterizos, con lo que los colocaban en un callejón sin salida; no quiso Iturmendi luchar con lo imposible y optó por entregarse con parte de los suyos, mientras algunos conseguían trasponer la frontera pirenaica y otros como Larumbe y el intendente Mongelos eran aprehendidos al intentarlo.

La suerte que cupo a los prisioneros fue diversa; a Iturmendi con más de sesenta de los suyos se les deportó a ultramar, un número reducido fue puesto en libertad y entre tanto el Consejo de Guerra seguía activo entendiendo en las causas de los restantes.

El proceso contra Larumbe y cuatro de sus compañeros fue de los últimos que vio aquel Tribunal, ya que empezó el 16 de marzo; actuó de Fiscal el Coronel Luanco. Los procesados —según las palabras textuales del registro eran «Mongelos, intendente faccioso, Vergara, don Joaquín Moso, Larumbe y Villasante»¹⁰.

Al cesar el Consejo de Guerra permanente el 7 de abril por haber sido declarada la provincia de Navarra en estado normal, aún estaba en sumario la causa núm. 101¹¹, por lo que los reos siguieron provisionalmente encerrados en los calabozos de la ciudadela de Pamplona, hasta que afortunadamente para ellos, a los pocos meses de aquel mismo año de 1849, se otorgaba la amnistía, por la que quedaron en libertad. Don Mariano se vio recompensado con el ascenso a Comandante. Luego llegaría otra temporada de destierro voluntario. Y la penuria. Y la nostalgia del suelo patrio. Pero nunca la claudicación.

10 "Consejo de Guerra ordinario permanente de Navarra II Año de 1849 II Registro (sic) de las Causas que han seguido sus Fiscales desde el 16 de Enero, que se instaló, hasta el 7 de abril del presente y mismo año, en que cesó" (Archiv del Gobierno Militar de Navarra).

11 Véase apéndice número I

CAPITULO III

III. UNA AVENTURA QUIJOTESCA

De nuevo en la patria.—Contrae matrimonio.—A organizar una insurrección; ¡con tres mil pesetas!—El quijote que quiere arreglar los entuertos de la patria.—Es puesta a precio la cabeza de Larumbe.—Carlos VI le nombra Jefe Superior de la provincia de Avila.

Durante el lustro 1849-1854 asentó la política conservadora del gobierno de Madrid algo la estabilidad de la Nación, por lo que los partidarios de D. Carlos, aunque siempre en pugna con el trono de D.^a Isabel, se abstuvieron en ese lapso de tiempo, de nuevas protestas armadas.

Don Mariano, otra vez volvía a su tierra, ¡su bendita tierra navarra! Después de tantas veces ausente, besó de nuevo sus lares nativos y le pareció que el paisaje y las flores, las gentes y las aves, le saludaban y sonreían, como amigos del alma, y sus ojos se posaban en aquellos rincones predilectos por donde discurrieron sus años infantiles y su primera mocedad alegre y venturosa.

Vivía aún su madre, anciana cariñosa y respetable, que le recibió cariñosamente en sus brazos y no se cansaba de mirarle, enternecida por su presencia y orgullosa por sus luchas en pro de la Tradición. Los años le habían envejecido con los cuidados de la hacienda y la crianza de los hermanos menores, que eran ya unos hombres hechos y derechos, dedicados todos ellos a las faenas del campo y de la ganadería para sostener el patrimonio familiar tan mermado por las contingencias de la guerra. Ellos también le recibieron con muestras de encendido afecto y durante los días que permaneció en el pueblo, amigos y parientes le obsequiaban a porfía con atenciones y convites y deseosos de escuchar de sus labios a cada paso alguno de sus más arriesgados lances, anhelo que Larumbe, tenaz siempre en la modestia que le caracterizaba, no siempre satisfacía cumplidamente. Aquella buena gente, en su afecto hacia él hubiera querido que ya no se ausentara de su compañía.

Cordialmente agradecía don Mariano aquellas pruebas de afecto, pero tenía que solucionar el problema de su porvenir. Así pues, decidió acortar su permanencia en Lecumberri y partir sin dilación a continuar sus estudios en Pamplona, lo cual se hizo así que hubo reunido unos cuantos reales y tan pronto como se concertó el modo de que viviese en la ciudad con las provisiones que periódicamente se le mandarían del pueblo.

Había en Pamplona buenos profesores que daban clases privadas de humanidades, matemáticas y cultura general. A uno de ellos acudió don Mariano, y como, tanto maestro como discípulo rivalizaban en aprovechar el tiempo, al cabo de dos años había adquirido un bagaje de escritura que le capacitaba para desempeñar un cargo con qué vivir desahogadamente.

Entonces fue cuando juzgó llegada la ocasión de dar el paso que durante tanto tiempo había diferido, el de fundar una familia, y así entabló relaciones con una mujer de grandes prendas morales. Llamábase Josefa Goyeneche y Anchorena, natural de Azpilicueta (valle de Baztán). Don Mariano le propuso el casamiento con tal de que ella estuviese resuelta a dejarle plena libertad de acción si los carlistas volvían algún día a lanzarse al campo.

La propuesta produjo en ella impresión favorable, pues experimentaba la secreta fascinación propia de las de su sexo hacia el hombre que ven nimbado con la aureola del heroísmo.

Ufano Larumbe de haber encontrado una mujer apropiada a sus aspiraciones le susurró al oído, entre zumbón y emocionado:

«La novia que a mi me quiera
ha de ser con condición,
ha de jurar la bandera
de D. Carlos de Borbón.»

Activáronse los preparativos de la boda, y en la mañana del 1 de febrero de 1853 se unían con el sagrado vínculo del matrimonio en la parroquia de San Nicolás, de Pamplona.

Quedábale todavía por resolver a don Mariano el problema —que no por ser prosaico, dejaba de ser acuciante— del «modus vivendi».

Había cumplido los 37 años de su edad y los continuos azares de su existencia le habían impedido hasta entonces el ejercicio de una profesión.

No fue largo el compás de espera, ya que a los pocos meses se presentó la oportunidad de colocarse. Tratábase del cargo de administrador que a la sazón vacaba en las minas de Hiendelaencina, provincia de Madrid; Larumbe, que aunque a fuer de montañés pensaba despacio los pros y contras de sus asuntos, una vez decidido no gustaba de vacilaciones para ponerlos en práctica, y acompañado de doña Josefa salió de Pamplona.

Nada más llegar a las minas presentóse al gerente, a quien produjo excelente impresión el porte serio, mas al mismo tiempo benévolo de Larumbe, tanto que a los pocos días y después de un examen minucioso de su hoja de servicios y actitudes oficinescas, le puso al frente de la administración. No desmereció don Mariano del concepto que sobre él se estaba

formando, y así en breve tiempo, tanto sus superiores como los obreros de las minas le otorgaron su confianza. ¡Qué hombre tan recto y caballero es este navarro que nos ha venido!, era la exclamación por allí corriente. Y no era para menos; sereno, laborioso, compasivo y transigente, dentro de la disciplina, no contemporizaba con el mal en ninguna de sus formas, pero procuraba prevenir antes que amonestar y evitar antes que corregir infracciones del reglamento.

Más del año llevaba en aquel cargo desempeñándolo a satisfacción de todos, lo que parecía presagiarle un porvenir ventajoso, pero pesaba sobre él el destino providencial de una existencia pródiga en azares de la que no habían de contarse largos períodos de bienestar y bonanza.

El gobierno conservador del Conde de San Luis había caído en virtud de la rebelión del Campo de Guardias —junio de 1854— fraguada por Dulce y O'Donnell, el primero de los cuales había dicho poco antes a la reina para disipar las sospechas de traición que sobre él recaían: «Juro como caballero que jamás tuvieron la reina y el gobierno subdito más leal». ¡Así era de firme la lealtad de los jefes liberales; Tras el efímero ministerio del Duque de Rivas la reina, juguete siempre de los hombres de la situación, y atemorizada por los feroces combates en las barricadas de las calles de la capital entre las fuerzas del gobierno y los paisanos armados, escribió una carta a Espartero, que residía en Logroño, invitándole a que se hiciese cargo del poder. Falta siempre de consecuencia en un proceder, aparentaba olvidar lo que su misma madre *D.^a María Cristina* había apostrofado a Espartero en anterior ocasión: «Te hice Duque de la Victoria y Príncipe de Vergara, pero nunca he podido hacerte caballero». La tornadiza reina una vez más se doblegó, y aunque con lágrimas en los ojos contestó al comisionado del general: «Dí a Espartero que acepto íntegro su programa sin ningún género de restricción».

Elevado de esta manera a la presidencia del gobierno iba a ejercer Espartero, junto con O'Donnell la dictadura durante dos años, a los que con razón se ha llamado «infausto bienio». Embalado el gobierno en su carrera hacia el cauce abierto a todas las libertades demagógicas, fácil era de prever el resultado. Las más perversas doctrinas antisociales llegaron a penetrar en el ánimo de la clase jornalera y graves motines, con la secuela de numerosas víctimas, estallaron en Barcelona, Zaragoza y otras capitales, mientras que campesinos de Castilla, contagiados por las ideas de los obreros de las urbes, incendiaban almacenes y fábricas de harinas en Burgos, Valladolid y Palencia, maltratando autoridades, atropellando a fabricantes y propietarios y saqueando sus casas. Los incendios y saqueos fueron tomando proporciones horribles, sin que los esfuerzos de los soldados fueran bastantes a evitarlos, ya que por otra parte los milicianos nacionales, niños mimados del contu-

bernio O'Donell-Espartero, no querían atajar los desmanes por no malquistarse con el populacho.

Si así marchaban las cosas en el aspecto del orden público, no iban mejor en el religioso. El 1 de mayo de 1855 decretaban las Cortes una nueva ley de desamortización eclesiástica. En realidad venía a ser una segunda edición del latrocinio realizado por los liberales de 1836, pues con ella se apoderaba el gobierno de lo que aún había quedado propiedad de la Iglesia, lo cual no fue óbice para que los legisladores dijese pomposamente en su preámbulo que se trataba de «una revolución fundamental en la manera de ser de la Nación española, el golpe de muerte dado al antiguo deplorable régimen y el resumen de la regeneración política de nuestra patria».

En virtud del artículo 1.º de la nueva ley se declaraban en venta todos los bienes pertenecientes a la Iglesia que restaban; todos los predios rústicos y urbanos, censos y foros del clero, de las órdenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava, Montesa y San Juan de Jerusalén, de cofradías, obras pías y santuarios, de beneficencia y de instrucción pública. Se aseguraba por entonces que si el producto de la venta de bienes eclesiásticos hasta la promulgación de la Ley del 1 de mayo había sobrepasado los 5.700 millones de pesetas, lo que habían de producir los incautados por la nueva había de ascender a mucho más.

Doña Isabel aparentó al principio que le repugnaba la firma de aquella iniquidad, pero habiéndola dirigido Espartero ciertas frases bastante fuertes, sometióse sin mucha resistencia. Y es que, como dice hasta un historiador tan poco sospechoso de reaccionario como don Juan Valera «la reina se prestaba y sometía a todo sin oponer el menor obstáculo a la realización de las ideas políticas de sus ministros, como si fuese más bien que su soberana su cautiva»¹².

Era evidente que el incautarse y vender los bienes que el Concordato de 1851 había devuelto al clero para que tuviese establemente y en plena propiedad constituía una flagrante infracción del Concordato.

Mucho contristó a la Santa Sede la injusticia de aquella ley desamortizadora y al efecto presentó reclamaciones que no fueron atendidas. Fueron también varios los prelados que manifestaron sus puntos de vista contrarios a dicha ley y por toda contestación fueron castigados con el destierro. Vista la imposibilidad de toda avenencia, el Santo Padre, Pío IX, determinó que su Nuncio en España —que lo era Monseñor Franchi— pidiera los pasaportes y se retirase de Madrid. El embajador de España en Roma, pidió

12. Historia general de España por don Modesto Lafuente ... continuada por Don Juan Valera y con la colaboración de D. Andrés Borrego y D. Antonio Pirala. Barcelona, 1890. Tomo XXIII, p. 202.

también sus pasaportes y se retiró con todo el personal de la Embajada, dejando los intereses españoles en la Ciudad Eterna al cuidado del embajador de Francia.

Tales desafueros no podían dejar indiferentes a los defensores de la Tradición, y, reunidas en Trieste las autoridades del Partido con motivo del fallecimiento de Carlos V que ocurrió por aquellos días —10 de marzo— determinaron levantar de nuevo bandera —¡siempre los carlistas!— por la Religión y el orden.

Como siempre que España estuvo en riesgo grave, resurgía el Carlismo con la bravura de un perro fiel y con el oportunismo de un angel tutelar.

Don Mariano que vivía tranquilo dedicado de lleno a su cargo de administrador, pero fija siempre la mente en sus jurados ideales y su corazón en continua protesta contra el estado de cosas que a la sazón imperaba, recibió el encargo de personarse en Francia a la mayor brevedad. Así lo hizo, recibiendo de la Junta Carlista allí residente el mandato de organizar un levantamiento a la cabeza de los obreros de las minas que administraba, para lo cual le entregaron la cantidad de ¡tres mil pesetas! El plan tenía mucho de inaceptable, no sólo porque tres mil pesetas eran algo irrisorias para una cosa tan seria como una sublevación armada, sino también porque aunque era cierto que en los trabajadores de aquellas minas no había penetrado el virus de la revolución que agitaba a otros centros obreros de la Península, en su gran mayoría apenas conocían el Carlismo. Pero al comandante Larumbe las dificultades encendían más el fuego de sus entusiasmos.

Y así a los pocos días de regreso atravesaba la tierra de Castilla. ¡Castilla, la seca y la parda como sayal de asceta! ¡Castilla!... ¡Pueblos de santos y de conquistadores, pueblos de monjes y de estudiantes! ¡Castilla!... ¡Planicie ocre, joyel de las perlas comuneras! Pero en 1855 ya no canta el trabajo en la besana, ya no rezan los gañanes al tañer de la campana, ya se va extinguiendo en sus pueblos las costumbres patriarcales y el culto a la tradición. Ya el obrero apenas trabaja, la semilla de la lucha de clases ha ido envenenando a los proletarios, se respira odio, hambre, ruin venganza: se talan los bosques, se destroza el campo y las rubias cosechas se pulverizan entre el chisporroteo de las teas incendiarias. Y Larumbe, cual otro don Quijote, llora sobre la parda loma las desventuras de España, y después de montar la cabalgadura con la vista fija en una idea lejana, camina, camina pensando en la redención de un mañana claro, lleno de bonanzas, donde el obrero torne a rezar y la campana suene a oración y a fiesta, mientras la patria surge poderosa bajo la égida de la Religión con un monarca que representa la legitimidad.

Una vez en las minas comenzó Larumbe los trabajos de conspiración, siempre ojo avizor a lo que en otros puntos también se fraguaba. Pero faltó

labor conjunta en los encargados de llevar la dirección y de ahí que los esfuerzos aislados habían necesariamente de malograrse.

En este levantamiento, como en todas las ocasiones de riesgo, se pudo apreciar, en contraste con la falta de pundonor de los que, pese a sus compromisos, no quisieron ponerlos en ejecución, la caballería de los que se sublevaron en circunstancias tan poco favorables. Fue el primero en hacerlo el capitán de caballería don Cipriano Corrales quien lanzó el grito de ¡Viva Carlos VI! al frente de un escuadrón del regimiento de Bailen de guarnición en Zaragoza. En su ayuda acudió presto el teniente coronel Marco¹³ y juntos ambos sostuvieron diversos encuentros con el enemigo hasta que abandonados por la mayoría de sus soldados tuvieron que dispersarse, siendo fusilado Corrales, mientras que Marco, perseguido activamente, consiguió refugiarse en Portugal.

Casi al mismo tiempo que los anteriores se lanzaban el campo los navarros. Fue Iribarren quien al frente de un centenar de mozos de Pamplona, Burlada y Villava, inició el 10 de junio el movimiento, atravesando el puerto de Erro hacia Mezquíriz, cuyo párroco, don Veremundo Galar¹⁴ tenía ya preparado un puñado de voluntarios. Tres semanas más tarde —2 de julio— el brigadier don Marcelino Gonfaus (a) Marsal, alzabase también en armas en la región catalana.

Noticioso Larumbe de los anteriores movimientos, juzgó llegada para él la ocasión de secundarlos, mas aunque se esforzó por infundir su entusiasmo en aquellos meridionales incapaces de apreciar el pundonor de su jefe, a la hora de actuar dejáronle solo, y para evitar el caer en manos de los esbirros del gobierno que había pregonado su cabeza, se disfracó de arriero, y así traspuso la frontera pirenaica, encontrándose allá con Iribarren y el cura Galar que habían conseguido ya eludir la persecución de varias columnas isabelinas.

Así terminó aquel levantamiento, que dada la escasez de elementos con que para empresa de tal fuste se contaban, bien pudiera denominarse «la conspiración de los Quijotes». Algunos núcleos que al mando de Marsal y de Rafael Tristany seguían en armas en las montañas de Cataluña, sólo consiguieron —y ya era bastante— prolongar la lucha hasta abril de 1856, en que el Gobierno de Madrid consiguió pacificar totalmente el Principado.

13 Manuel Marco y Rodrigo: conocido vulgarmente por "Marco de Bello" por ser natural de Bello (Teruel) donde nació en 1810 y falleció en 1885.

14 Sacerdote navarro; figura interesante aunque bastante ignorada del campo carlista. Pirala y los historiadores que le siguen le llaman Bernardo Crispín Galán, pero su verdadero nombre era *Veremundo Crispín Galar* y así firmaba él las partidas sacramentales. Había nacido en Pamplona en 1805, falleciendo en 1834 en Ardaiz (Valle de Erro) donde ejercía el cargo parroquial.

EL QUIJOTE NAVARRO

Las autoridades carlistas, con criterio de justicia, opinaron que el que el éxito no hubiera coronado los esfuerzos no debía ser óbice para recompensar tantos sacrificios.

En consecuencia se otorgaron ascensos, si bien estas recompensas eran meramente honoríficas —y lo que es aún más, título para nuevas abnegaciones—, ya que la tradicional pobreza de la Comunión Carlista no podía asignar por aquel entonces retribución económica a sus seguidores. Larumbe fue ascendido a teniente coronel.

Sin desalentarse por los contratiempos pasados, y repitiendo el célebre ¡No importa! de los españoles en las guerras napoleónicas, comenzaron de nuevo los carlistas a reorganizarse, aunque en la clandestinidad, naturalmente, pues se les perseguía sin compasión. Procedióse a los nombramientos de jefes para las respectivas provincias españolas, y teniendo en cuenta el comportamiento de Larumbe en el Centro cuando la sublevación de las minas, el secretario de Carlos VI, don Niceto Moñino, otorgó la jefatura militar de la provincia de Avila, y al efecto envió la comunicación al Jefe de Estado Mayor de Castilla la Vieja, don José María Arévalo¹⁵ para que la transmitiere a nuestro biografiado.

Dicen así ambos nombramientos:

«Estado Mayor de Castilla la Vieja.

El Sr. D. Niceto Moñino, Secretario de S. M., me dice en comunicación que acabo de recibir, lo que copio a V. a continuación de lo que en ella le concierne.

«Secretaría de S. M. = Excmo. Sr. = El Rey N. S. Q. D. G. se ha dignado aprobar las propuestas de Gefes de distritos que V. E. eleva con las fechas de 12 de enero último y 9 del presente; y me ordena que al comunicarlo a V. E. le prevenga, como lo verifico, el que dé un traslado de esta á cada uno de los que vienen propuestos, y se anotan en la segunda casilla, la cual les servirá de nombramientos, pues S. M. juzga sea prudente el que estos no se remitan por su Secretaría en las actuales circunstancias para evitar compromisos, si desgraciadamente llegasen a caer en manos de los

15 José María Arévalo. Natural de Capileira (Granada) tomó parte en la guerra de la Independencia y en la de 1822-23. Durante la de los Siete Años sirvió en el Maestrazgo a las órdenes de Cabrera, quien lo nombró jefe de su estado mayor. Cuando la campaña montemolinista pasó a andalucía para activar el levantamiento de las Alpujarras, regresando después a Francia donde permaneció hasta su muerte. Aunque Carlos VII le ascendió a teniente general, vivía de limosna. Falleció en la mayor pobreza en París en 1869. Cuando Carlos VII y D. Margarita le visitaron moribundo, al abrazarle, aquel bravo guerrero se echó a llorar.

agentes del Gobierno de Madrid. Asimismo en la comunicación que pasará al primer Comandante de Infantería Dn. Mariano Larumbe, le añadirá que S. M. se ha dignado concederle el empleo de Teniente Coronel mayor con la antigüedad de veinte y ocho de febrero de 1857 corriente. = De Real Orden lo digo a V. E. para su inteligencia y efectos consiguientes.»

Dios guarde a V. E. m^s. a^s

Nápoles 21 de marzo de 1857.

El Secretario de S. M.
Niceto Moñino.»

«Excmo. Sr. Gefe del E. M. de Castilla la Vieja.

Lo que traslado a V. para su satisfacción y efectos consiguientes; todo en cumplimiento de la soberana autorización y Real mandato; advirtiéndole que el distrito para que fue V. propuesto en las que refiere la Real Orden transcrita lo es en la Provincia de Avila, cuyo Gefe Superior Militar de la misma le acompañará la presente con las instrucciones y órdenes que juzgara convenientes al mejor servicio del Rey, y que V. sabrá secundar y obedecer con la exactitud y celo, de que tiene dadas buenas pruebas, y yo confío continuará para hacerse más y más acreedor al aprecio de sus inmediatas y hasta el más elevado de los superiores que como V. se glorían de sostener y defender la Justa causa.

Dios guarde a V. muchos años.

Francia, 28 de marzo de 1857.

El General Jefe de E. M.
José M.^a de Arévalo (Rubricado)

Sr. D. Mariano Larumbe, Teniente Coronel Mayor de Infantería y Gefe de Distrito en la Provincia de Avila.»¹⁶

Dos años más tarde, en 1862, presentósele un nuevo empleo, que no le desagradó; doña María del Carmen Azlor de Aragón, duquesa XV de Villahermosa, que iba a contraer matrimonio con el segundo conde de Gua-

¹⁶ Los originales de estos dos nombramientos nos fueron cedidos para su consulta, en el año 1946, por don Javier Larumbe, a la sazón vecino de Sangüesa, y nieto de don Mariano.

EL QUIJOTE NAVARRO

qui¹⁷ buscaba un administrador para sus dominios de Javier. Hecha la propuesta por don Mariano, la aprobó la duquesa y a partir de entonces quedó Larumbe nombrado para administrar las posesiones que los Villahermosa tenían en la tierra natal del Apóstol de las Indias.

Javier LARRÁYOZ ZARRANZ

17 Este matrimonio tuvo lugar el 23 de agosto de 1862. D.^a M.^a del Carmen, que había nacido en Madrid el 30 de diciembre de 1841, falleció en 1905, siendo ella el alma y principal propulsora de la restauración del santo castillo.

